CAPITULO XIX.

Pónese fuego á los Adoratorios de los Idolos: erígese el primer Templo, aunque pequeño, á la Santísima Trinidad, y comienzan á convertirse los Nayeres.

Llegó el dia 17 por la mañana el señor gobernador á la Mesa; y encontrándose en lugar de los enemigos con el capitan D. Nicolás Escobedo y sus tropas, añadió tanto fuego á los bochornos que la noche ántes le causó la luminaria, que segun lo pactado, habia mandado encender aquel caballero, y advirtieron desde la cumbre donde habian hecho alto para abanzar el dia siguiente, que montando en cólera metió mano á las armas para castigarle el haber contravenido á sus órdenes; y aunque pudo

encontrar mas pronta respuesta en su valor y resolucion aquel tan esforzado animoso capitan, quiso sin embargo ántes satisfacerle prudente con lo que habian acordado en secreto, y asegurándole que lo que su señoría le habia dicho como por irrision y donaire, lo habia tomado muy deveras su valor, acostumbrado á cumplir siempre lo que ofrecia: todo esto, apoyado con la interposicion del padre Antonio Arias y de los subalternos, apagó el fuego que ya ardia, y hubiera aumentado al menor soplo sus activas llamas, de manera que pasara á ser incendio tan funesto, que impidiera los progresos de tan importante conquista. Apaciguados ya los jefes y los que como parciales defendian sus cáusas, y dadas las gracias á Dios Nuestro Señor por tan singulares beneficios, reconociendo que aunque estaba ya ganada la Mesa, andaban aun fugitivos los Nayeres, y que importaba mucho sosegarles para embarazar que volviéndose á unir, no se rehiciesen para nuevo combate, dispuso el señor gobernador que marchasen en seguimiento de los bárbaros cien hombres entre soldados y flecheros, todos á pié, por no permitir caballería las estrechas pendientes laderas del terreno.

Salió la tropa, y miéntras seguia su rumbo, los otros se ocupaban en recoger los despojos de víveres, ganado, mulada y caballada que habia abandonado el enemigo: entre las cosas que tomaron, se halló aún con señas de no haberlo usado, el vestido y demas alhajas que dió en Mèxico el señor Marqués de Valero al "Tonati." Subieron el padre y el señor gobernador con cuatro soldados que les acompaña-

ban el mismo dia á registrar los inmediatos Templos é infames Adoratorios de los Idolos, que estaban en un cerro tan cercano y casi contiguo á la Mesa, que les sirve ésta como de basa: era la subida muy áspera, y tan peligrosa, que fué menester subir lo más á pié: en el primer Templo que hallaron, se guardaban los huesos de Nayerit con todos aquellos adornos que se dijo ya en el capítulo segundo de esta Historia: allí cerca habia otros Adoratorios de Idolos de inferior esfera: mas arriba estaba el gran Templo del Sol; y por ignorarse entónces que los idólatras hubiesen sacado de él á su tan venerada deidad, que llamaban *El Gran Dios*, para que aun en caso de quedar padres y soldados, pudieran en lugar oculto fabricarle algun Templo, creyó aquel celoso jesuita que adoraban á una piedra jaspeada que se halló allí, en que se veía esculpida la imágen de aquel luminoso astro: con esta persuasion la sacaron con dos picheles, uno de plata y otro de estaño, en que le ofrecian sangre de venados ó de los guainamotecos que mataban para remitirlo á México con los huesos de Nayerit: metieron fuego, así á su Templo como al del sol y otros que allí habia, causando en los que quedaban para resguardo del Real en la Mesa, y en los que estaban en Peyotan, adonde llegó aquel dia el padre Juan Tellez, especial alborozo la vista de aquellas humareadas, como que ya adivinaban, que en estas ruinas se habian de erigir Templos en que se honrase y adorase con los más cristianos sinceros cultos al verdadero Dios en desagravio de los que allí se habian ofrecido hasta entónces al demonio.

Luego que vieron derribado y reducido á cenizas aquel trono en que tan infamemente por tantos siglos habian sido veneradas tan falsas y mentidas deidades, dispusieron iglesia en un jacal ó templo pajizo, aunque pequeño, mas engrandecido con la Majestad que le llenaba, dedicándole á la Augustísima Trinidad: el dia siguiente, diez y ocho de Enero, dijo allí misa el padre Antonio Arias, celebrándola con la mayor solemnidad posible. Agradóse tanto Dios de estos tan débidos obsequios, que quiso casi al mismo tiempo que se le ofrecia en la Mesa aquel santo sacrificio que alcanzaran los soldados que habian marchado el dia anterior, á ciento cuatro personas, las mas de las rancherías del indio Alonso, y con ellas á una española, que era su mujer, y hoy vive en el pueblo de Jesús, María y José, sin la menor resistencia ni haber sido menester otra diligencia que disparar al aire algunos tiros.

Luego que el gobernador tuvo aviso de que llegaba á la Mesa aquella gente, mandó que se formara enfrente del cuartel la soldadesca, y que al pasar por allí, se recibiera con carga cerrada: ejecutóse la órden, y al oír el estruendo de tan multiplicados disparos, muchos de los indios cayeron en tierra, otros hicieron el ademan de querer huir, y lo hubieran ejecutado, si la soga con que venian atados no lo hubiera impedido. Al volver del susto, fueron conducidos á la presencia del señor gobernador, quien con toda su compañía fué á presentárseles al padre; y para que aprendiesen á reverenciar á los misioneros, el primero que se hincó de rodillas

para besarle la mano, fué su señoría, a cuyo ejemplo hicieron lo mismo todos los Cabos principales y soldados: despues llegaron los indios de uno en uno, y aquel apostólico varon les recibia en sus brazos, estrechándoselos al pecho: accion que con las especiales muestras de cariño con que les habló y con los regalos que les dió, bastó para sosegarles y para que les volviera el color antiguo que el susto les habia robado.

El haberse escapado el indio Alonso, por ser tan malévolo, que solo caminaba por los extravíos de sus astucias y rebeldía, puso en grande consternacion al señor gobernador, mas templó el sentimiento que los de la Mesa del Cangrejo no huyeron, viendo ya ganada la del "Tonati," y que ardian en vivas llamas los Templos de sus Dioses: enviaron por embajador á un hijo del cacique D. José, ofreciendo en nombre de todos una flecha, prometiendo que el dia siguiente pasarian á dar la obediencia, y significando que estaban prontos á congregarse en pueblo, para ser instruidos en la ley evangélica. Despachó su señoría bien agasajado al que vino con la embajada, y el dia siguiente acudieron puntuales los caciques con la mayor parte de su gente y con la de D. Pedro, que se mantenia preso en Peyotan: dieron la obediencia, y despedidos del gobernador, se restituyeron á sus casas.

Bien manifestaron la sinceridad de sus propuestas, volviendo á los tres dias dos de ellos á suplicar al misionero que pasase á bautizar á una anciana que estaba ya moribunda, mas previniéndole que habia de ir á pié, porque habian de pasar por un

atajo por donde no se pudiera á caballo. Voló luego aquel celoso jesuita, así porque ya comenzaba á lograr el fin de su venida á estas serranías, como tambien para que vieran los indios que todos sus deseos eran el bien y consuelo de sus almas; sin detenerse á tomar alimento alguno, como le instaban, por ser ya las diez del dia, salió acompañado de dos soldados: encontró en el camino, que no es mas que una bajada y una subida, tantos precipicios, que si Dios no le favoreciera con especiales maravillas, se hubiera sin duda despeñado y perecido: fuéle necesario muchas veces, ya bajar, ya subir arrastrando por las peñas: así llegó, por ultimo, con la fatiga que se puede fácilmente discurrir, al ponerse el sol; mas olvidó todos sus trabajos con el consuelo que tuvo viendo la buena disposicion de la enferma, que bien instruida recibió el santo Bautismo: al otro dia, con la alegría de haber amanecido mejor la enferma, que todos imaginaban que moriria aquella noche, se restituyó al Real por otro camino mas largo, pero ménos peligroso; y al tercero se supo que habia ya sanado: noticia que celebró mucho el padre, por el temor de que cobrasen, si muriesen los primeros bautizados, todos aquellos bárbaros, horror á los santos Sacramentos. Mas la brevedad con que ésta recibió la salud, con la que todos vieron y admiraron en otra enferma, les llenó de pasmo y de aprecio de la religion cristiana.

Enfermó en la Mesa del "Tonati" una hija del indio D. Alonso: mandó le llamaran al misionero, y aunque acudió prontamente, la halló tan á los últimos, que solo se dejaba reconocer que estaba viva,

por los lentos y débiles latidos del pulso, y por una ú otra palabra que apènas con gran trabajo articulaba, sin acabarla de pronunciar: administróle el santo Bautismo, que ántes habia deseado y pedido á sus parientes; y el dia siguiente se halló tan del todo sana y tan robusta, que solicitó y obtuvo licencia para pasar á la Mesa del Cangrejo á visitar á los suyos, como lo ejecutó con admiracion de todos, especialmente de su marido, que pidió luégo el santo Bautismo, y siendo bien instruido, se le administró, casándose poco despues *in facie Ecclesiæ*.

No tardó mucho el señor gobernador en ir con el padre á pagar á los del Cangrejo la visita que les habian hecho: recibiéronle, con todas las muestras de cariño que les permitia su pobreza: reiteraron la obediencia que dieron al Rey nuestro señor; y besaron todos al padre la mano con gran respeto: manifestaron de nuevo sus deseos de congregarse en pueblo y de fabricar iglesia y casa para el padre que les administrase. Dejó el gobernador á su arbitrio la eleccion del sitio, y escogieron el que ocupa ahora el pueblo de Jesus, María y Josè; porque aunque por la pension del calor excesivo era poco apetecible, con todo el estar en la ribera del rio y cercano á sus huertas, le hacia para sus intereses muy acomodado. Pidieron tambien que les pusiesen en libertad los prisioneros que estaban en Peyotan y los que se habian enviado á Zacatecas: se condescendió á sus súplicas, volviéndola á todos, ménos al portero Nicolás Melchor, por haber ya muerto en su cárcel muy reconocido, bien instruido y dispuesto por el padre Alonso García Ramon, que habia

sido catedrático de lengua en la ciudad de Durango, y se hallaba entónces en el colegio que tiene en aquella ciudad la compañía.

Pasó á ese mismo tiempo á Quaimaruzi el cacique D. Domingo de Luna con encargo de quedar en aquel paraje con la gente de su ranchería, agregándosele los que dominados aun del temor se mantenian allí ocultos en los barrancos cercanos, abrigándose en las quiebras de los peñascos. El efecto mostró con el feliz logro del intento el acierto de esta diligencia; porque muchos, depuesto el miedo, salieron de sus escondrijos; y visitando poco despues á Quamaruzi el gobernador, los que ya estaban juntos y otros, que iban llegando, dieron de nuevo la ovediencia. Se comenzó á fundar el nuevo pueblo de Santa Teresa, concurriendo algunos de los laguneros, á quienes dió este nombre una hermosa laguna, que tienen cerca de sus rancherías: está vallada de rasgadas peñas, sin permitir mas que una escasa entrada de su orilla: recógense en ella, como en una pila las aguas de varios arroyos de la Sierra y á largo trecho por secretos conductos sale tan caudaloso manantial de aguas, que forma el hermoso rio de Santiago, que viene á incorporarse cerca de Oaxaca con el otro grande del Nayar, que es el de Jesus, María y Josè: estos indios fueron siempre los ménos fieles, y los mas belicosos.

Luego que el señor gobernador les dejó sosegados, se restituyó al pueblo de la Santísima Trinidad, y dispuso que el sargento D. Alvaro Sanchez Serrada, y otro soldado pasasen á México á dar al Excelentísimo señor Marqués de Valero las alegres nue-

vas de la victoria, y juntamente el alfange del valiente Tahuitole, la piedra que hallaron en el Adoratorio del Sol, y el cadáver de Nayerit con algunos de sus adornos, que se reservaron del incendio, para que en aquella Corte se entregaran á las llamas, y diesen así mas luz al desengaño. El señor Virey luego que llegó el sargento y le entregó con las cartas los despojos de la victoria, tuvo junta de guerra y de hacienda, conformóse con el parecer y voto consultivo, y habiendo resuelto conferir, como lo practicó, al gobernador D. Juan Flores el título de teniente de capitan general, determinó que los despojos se entregasen, como se hizo, con despacho de ruego y encargo al Illmo. señor doctor D. Juan Ignacio de Castorena y Ursua, que falleció mucho despues obispo dignísimo de Yucatan; honra que le merecieron sus realzadas prendas: entónces era dignidad de la Metropolitana de México, calificador del Santo Oficio de aquella Corte, Provisor y Vicario general de los indios en este grande arzobispado.

Aunque su Illma. recibió el despacho, ó fuese por interponerse otros negocios de mayor peso, que pedian mas pronta expedicion, ó para que se ejecutase la sentencia el mismo dia, que la de otros reos, cuyas causas estaban pendientes, se dilató hasta el dia 31 de Enero del año de 1723; ejecutóse el siguiente, 1.° de Febrero, llevando entre los reos, que se habian condenado á azotes por sus delitos, en hombros de indios al Idolo del Sol, y los huesos del Nayerit con todo lo que se remitió á esta Provincia, á la plaza de San Diego, en donde estaba el bracero; y á vista de innumerable gente se quemó todo, dis-

poniendo Dios, que así como la Cédula Real, que mas acaloró esta conquista se expidió y firmó el dia 31 de Julio del año de 9 en que celebra la Santa Iglesia á nuestro glorioso Padre San Ignacio, se redujese á cenizas el Idolo del Nayar el dia de San Ignacio, Obispo y mártir tan fino jesuita, ó tan jesuita de corazon, que despues de muerto se le halló escrito en él con letras de oro el Sagrado Nombre de Jesus, como refiere San Antonio; y parece que aun con estas, que pudieron discurrirse casualidades, quiso la Divina Providencia mostrar, que destinaba, y señalaba para esta gloriosa empresa á unos misioneros, que fuesen, no como quiera jesuitas, sino tambien hijos del grande Patriarca San Ignacio.